

SANTO TOMÁS (1225 -1274)

El alma

EL ALMA NO ESTÁ COMPUESTA DE MATERIA Y FORMA

El alma no tiene materia, y esto se puede probar de dos maneras. Primeramente, por la naturaleza del alma en general. Porque es propio de la naturaleza alma en general. Porque es propio de la naturaleza del alma ser forma de un cuerpo. Ahora bien: o lo es según todo su ser, o lo es sólo en parte. Si es según todo su ser, es imposible que una parte suya sea materia, puesto que la materia es un ente que está en potencia, y la forma, en cuanto forma, es acto; y aquello que está sólo en potencia no puede ser parte de un acto, ya que la potencia repugna al acto, como opuesto suyo. Y si es forma solamente según parte de su ser, diremos que esta parte es el alma y que aquella materia, de quien es acto primero, es el primer animado.

En segundo lugar, por la naturaleza del alma humana, en especial en cuanto es intelectiva. Pues es evidente que todo lo que es recibido en un ser, lo es a la manera del ser que recibe; así, cada cosa es conocida según esté su forma en el sujeto que conoce. Y el alma intelectiva conoce una cosa en si naturaleza absoluta; por ejemplo, la piedra en cuanto es piedra de un modo absoluto. Así, pues, la forma de la piedra se halla absolutamente, según su propia razón formal, en el alma intelectiva, y el alma intelectiva, por tanto, es forma absoluta, y no una cosa compuesta de materia y forma. Porque si el alma intelectiva fuere compuesta de materia y forma, las formas de las cosas serían recibidas en ella como individuales, y de este modo no podría conocer sino lo singular, como sucede en las potencias sensitivas, que reciben las formas de las cosas en un órgano corporal, ya que la materia es el principio de individuación de las formas. Resulta, pues, que el alma intelectiva toda sustancia intelectual que conoce las formas de un modo absoluto no está compuesta de materia y forma.

(Summa theol., 1, q. LXXV, art. 5)

EL ALMA HUMANA ES INCORRUPTIBLE

Necesariamente hay que decir que el alma humana, en cuanto es principio intelectivo, es incorruptible. En efecto: de dos maneras puede una cosa corromperse: por sí misma y accidentalmente. Es imposible

que una cosa subsistente comience a ser o deje de ser accidentalmente, esto es, cuando otra cosa comienza o acaba, pues a una cosa le compete la generación y la corrupción, como la compete el ser, que se adquiere por la una y se pierde por la otra. De donde se sigue que lo que posee el ser por sí mismo no puede engendrarse o corromperse sino por sí mismo. Mas las cosas no subsistentes, como son los accidentes y las formas materiales, se engendran y corrompen por la generación y corrupción de los compuestos. Ahora bien: se ha demostrado ya que el alma de los brutos no es por sí subsistente, sino sólo el alma humana; por tanto, las almas de los brutos se corrompen al corromperse los cuerpos; pero el alma humana no podría corromperse sino por sí misma. Lo cual es totalmente imposible no sólo respecto del alma humana, sino de cualquier cosa subsistente que no sea más que forma, porque es evidente que lo que conviene al ser por razón de sí mismo es inseparable de él, y el ser por sí mismo conviene a la forma, que es acto. Así, pues, la materia adquiere su ser en acto al adquirir la forma, y le sobreviene la corrupción cuando la forma se separa de ella. Y como es imposible que una forma se separe de sí misma, es imposible también que una forma subsistente deje de existir.

Y aun dado que el alma estuviese compuesta de materia y forma, como dicen algunos, aun entonces sería preciso darla por incorruptible. Porque no se encuentra la corrupción sino donde hay contrariedad, puesto que la generación y la corrupción suponen elementos contrarios combinados por aquélla y disueltos por ésta. Ahora bien: en el alma intelectual no puede haber contrariedad alguna por cuanto recibe según el modo de su ser, y todo cuanto es recibido en ella está libre de contrariedad, pues aun las razones de los contrarios no son opuestas en el entendimiento, siendo una sola en él la ciencia de los contrarios. Es, pues, imposible que el alma intelectual sea incorruptible.

Puede también sacarse otra prueba del deseo que, naturalmente, tiene cada ser de permanecer en su modo de ser. Ahora bien: el deseo en los seres cognoscentes sigue al conocimiento. Los sentidos no conocen el ser sino en lugar y tiempo determinado. Pero el entendimiento aprehende el ser, absolutamente y sin determinación de tiempo. De donde se sigue que todo ser que goza de entendimiento, naturalmente desea existir siempre. Y el deseo natural no puede ser vano. Por tanto, toda sustancia intelectual es incorruptible.

(Summa theol., I, q. LXXV, art. 6.)

EL ALMA HA SIDO HECHA POR CREACIÓN

El alma racional no puede ser hecha sino por creación, lo cual no se verifica en otras formas. La razón es que, como el ser producido es camino para el ser, a cada cosa conviene la producción del mismo modo que le conviene el ser. Y el ser se aplica propiamente a la cosa que tiene

el ser mismo como subsistente en su propio ser. De donde se sigue que solamente las sustancias se llaman propia y verdaderamente entes; el accidente, en cambio, no tiene ser, sino que por él algo es, por esta razón se llama ente, como se dice que la blancura es ente porque por ella algo es blanco, y por eso se dice en el VII de la *Metafísica* que el accidente se llama más bien del ente que ente. Y la misma razón hay para todas las demás formas no subsistentes, y por eso a ninguna forma no subsistente conviene propiamente el ser hecha; únicamente se dice que son hechos, en cuanto son hechos los compuestos subsistentes. Ahora bien: el alma racional es forma subsistente; luego le conviene propiamente ser y ser hecha. Y como no puede ser hecha de una materia preexistente, ni corporal, porque entonces sería, el alma de naturaleza corpórea, ni espiritual, porque entonces las sustancias espirituales se transmutarían mutuamente, es necesario afirmar que sólo puede ser hecha por creación.

(*Summa theol.*, 1, q. XC, art. 2.)

LA FELICIDAD DEL HOMBRE ESTÁ EN LA VISIÓN DE LA ESENCIA DIVINA

La última y perfecta felicidad no puede estar sino en la visión de la divina esencia, para cuya evidencia deben considerarse dos cosas: primera, que el hombre no es perfectamente feliz, mientras le queda algo por desear o buscar. Segunda, que la perfección de cualquier potencia se aprecia por la razón de su objeto. Ahora bien: el objeto del entendimiento *es lo que es*, es decir, la esencia de la cosa, por lo que en tanto adelantan la perfección del entendimiento en cuanto conoce la esencia de una cosa. Luego, si un entendimiento conoce la esencia de un efecto, de modo que por ello no puede conocer la esencia de la causa, es decir, que no sepa respecto de ésta lo que es, no se dice que ese entendimiento perciba la causa simplemente, aunque por medio del efecto pueda conocerse que la causa existe. Y, por tanto, queda naturalmente al hombre, cuando conoce un efecto y sabe que tiene causa, el deseo de saber también qué es la causa, y ese deseo, es de admiración, y produce la investigación; por ejemplo, cuando alguno, al contemplar un eclipse solar, considera que procede de alguna causa, y entonces se admira por no saber lo que es y, al admirarse, investiga; y esta investigación no descansa hasta llegar a conocer la esencia de dicha causa. Así, pues, si el entendimiento humano, al conocer la esencia de algún efecto creado, no conoce de Dios sino su existencia, todavía su perfección no alcanza simplemente a la causa primera, sino que le queda aún el natural deseo de inquirir dicha causa, por lo cual no es todavía perfectamente feliz. Así, pues, para la perfecta felicidad se requiere que el entendimiento llegue a la esencia misma de la primera causa, y de este modo obtendrá su perfección Por la unión a Dios, como al objeto en que únicamente consiste la felicidad del hombre.

(*Summa theol.*, I^a II^{ae}, q. III, art. 8)

Traducción de Manuel Mindán